

que siendo Dios hizo de ellas su patrimonio en la tierra, y en nada rebajaron su gloria de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1). Quiso presentarse como un modelo de lo que debe ser, si anhela lograr lo que, aun en medio de sus extravíos, forma su constante aspiración; esto es, si quiere ser como Dios y aspirar á la posesión eterna de su gloria. Le trazó, pues, un camino opuesto al que le mostró el espíritu del mal, y le hizo fácil ese camino, recorriéndole antes él mismo, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas (2), y haciéndonos comprender que la grandeza del hombre viene de Dios, que se eleva sobreponiéndose á las criaturas y á sí mismo, viviendo segun la voluntad del que le ha criado, y aspirando siempre á ser la imágen de Dios por la imitación de sus perfecciones.

Dada la condicion de nuestra naturaleza, esto no es posible sin el auxilio divino, y sin esfuerzos poderosos de nuestra parte; sin luchar con las pasiones que quieren dominarnos, inclinándonos al mal desde la juventud (3), y se oponen á que consigamos la libertad de hijos de Dios (4); sin pelear, en fin, no solo contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades que gobiernan las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de maldad (5). Esta es la condicion del hombre sobre la tierra: su vida, dice Job, es una milicia continua (6); la carne, añade San Pablo, codicia contra el es-

- 
- (1) Joann. I, 14.  
 (2) II Petr. II, 21.  
 (3) Gen. VIII, 21.  
 (4) Gal. IV, 29.  
 (5) Ephes. VI, 12.  
 (6) Job. VII, 1.

piritu, y éste contra la carne (1). El demonio, concluye San Pedro, nos rodea como leon rugiente (2), y no será coronado sino quien pelearé legítimamente (3).

Tambien en esta lucha quiere servirnos de ejemplo Jesucristo, porque es nuestra cabeza, y en su persona se trata la causa de toda la humanidad (4), y por ello consintió en ser tentado (5), para vencer al enemigo que habia vencido al primer hombre (6), y enseñarnos la manera de alcanzar victoria sobre él. Comprendeis ya, hermanos, que voy á llamar vuestra atencion sobre el pasaje del Evangelio, que nos recuerda la tentacion de Jesus en el desierto.

¿Por qué la tentacion? ¿Por qué en el desierto? Jesucristo es el segundo Adan, que colocándose en el lugar de este, porque el Padre le ha constituido cabeza de la humanidad (7), viene á arrojar de este mundo al príncipe de las tinieblas, que le tenia esclavizado (8), y habiendo sido vencido el primer Adan en la tentacion á que se vió expuesto, quiere ser tentado tambien para vencer. Adan fué vencido en el paraíso, y fué arrojado de él; Jesucristo viene al desierto, que figura la tierra del destierro, para conquistarnos con su victoria el eterno paraíso. Adan fué vencido en un lugar de delicias;

---

(1) Gal. V, 17.

(2) I Petr. V, 8.

(3) II Tim. II, 5.

(4) In eo agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine peccato. (S. Leo, *Serm. 8 de Pass. Domini.*)

(5) Hebr. IV, 15.

(6) Nec sine ingenti mysterio hujusmodi putemus esse conflictum.... in his autem nostræ salutis est ratio; nos in illo vincimus, quia nos ei causa sumus pugnandi. (S. Maxim. *Hom. 1 de jejun. Quadrag.*)

(7) Ephes. I, 22.

(8) Joan. XII, 31.



Jesucristo busca para vencer un lugar opuesto, la soledad, la aspereza, el desierto (1). Así quiere enseñarnos que entre las delicias de la carne, entre los placeres del mundo seremos fácilmente vencidos, mientras que en el retiro, en la soledad y en la penitencia, nos será fácil alcanzar victoria.

Tras prolongado ayuno de cuarenta días, Jesucristo siente hambre, hambre misteriosa (2), que nos representa la del género humano, que privado por espacio de cuarenta siglos del alimento del espíritu, que es la verdad y el bien, que solo vienen de Dios (3), desfallecía y demandaba el remedio, elevando su voz de los cuatro ángulos de la tierra, y pidiendo al cielo la venida del que es la luz y la vida. Esa hambre es el deseo de la felicidad que constantemente forma la aspiración del hombre. El mundo, para satisfacerla, no le ofrece sino la hartura de la triple concupiscencia que se apoderó del corazón de Adán cuando cedió á la tentación, y que de él heredaron sus hijos como triste patrimonio que, lejos de ser el principio de un bienestar buscado con tanto afán, da lugar á los rudos combates y fuertes tentaciones, que agitan interior y exteriormente al hombre, y le precipitan en todos los excesos.

De esta triple concupiscencia alcanza victoria Jesucristo, venciendo al tentador, que en repetidos ataques quiso reproducir su obra del paraíso. «El antiguo enemigo del género humano, dice San Gregorio, tentó al

(1) Ut quia jam dudum diabolus Adam vicerat in paradiso, nunc in solitudine a Domino vinceretur. (S. Joann. Chrisost., *Hom. 5 in Matth.*) In deserto pugnatur asperius, quia Adam in paradiso deliciis affluens victus est oblectamentis. (*Gloss. ordin. in cap. 4 Matth.*)

(2) Matth. IV, 2.—Quod esuriebat ut homo non erat fragilitatis corporeæ, sed cœlestis gratiæ Sacramentum. (S. Maximus.)

(3) *Mallebranche.*

» primer hombre por la sensualidad de la gula, invitándole á comer del fruto prohibido, por la vanagloria diciéndole: Sereis como dioses; y por la ambiciosa avaricia, ofreciéndole la ciencia del bien y del mal. De la misma manera, pero con opuesto resultado, tentó á Jesucristo por la gula, con las palabras: *Di que estas piedras se conviertan en pan*; por la vanagloria y el orgullo, diciéndole: *Si eres Hijo de Dios, arrojate de aquí abajo*; y por la avaricia, mostrándole la gloria del mundo, y ofreciendo dársela si le adoraba.» (1) Estas son también las tentaciones á que todos los días estamos expuestos nosotros (2). O seremos vencidos como Adán, ó venceremos con Jesucristo, según nos dejemos llevar del espíritu de este ó de aquel.

Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan (3): probarás con esto tu poder, y experimentarás la satisfacción de tu apetito. Ved aquí, dice San Pedro Crisólogo, la inspiración del demonio á los hombres, en cuyo corazón quiere dominar por la sensualidad, por la satisfacción de los deseos y apetitos desordenados (4). Los vé apremiados por el ansia de gozar para llenar el vacío de su corazón, y les presenta la ma-

(1) Antiquus hostis primum hominem ex gula tentavit cum cibum ligni vetitum ad comedendum suasit. Ex vana gloria cum diceret: *Eritis sicut dii*. Ex avaritia cum diceret: *Scientes bonum et malum*. Avaritia enim non solum pecuniæ est, sed etiam altitudinis, cum supra modum sublimitas ambigitur. Quibus autem modis primum hominem stravit, eisdem secundi hominis tentator occubuit. Per gulam tentat, etc. (S. Greg., *Hom. 16 in Evang.*)

(2) Quamvis multæ ac diversæ tentationes diaboli circa nos sint, in his tamen tribus tentationibus, quas adversus Dominum habuit, etiam electos ejus tentare consuevit. (S. Joann. Chris. *Hom. 5 ex variis in Matth.*)

(3) Matth. IV, 3.

(4) Lapidem esurienti offert: humanitas talis est semper inimici: sic pascit mortis auctor, sic inimicus vitæ. (S. Petr. Chrisol., *Serm. 11 de jejun. et tentat. Christi.*)



teria, á fin de que sobre ella ejerciten su accion y empleen su poder para convertirlo en pan que dé hartura á sus deseos. La felicidad, buscada en la materia y en la satisfaccion del sentido: hé aquí, dice San Juan Crisóstomo, el principio de la tentacion, el hambre, que es el deseo violento, la expresion capital de la sensualidad, el amor desenfrenado figurado en el apetito de un manjar (1). Esto es lo que propuso el demonio á Adan, y propone á sus hijos para separarlos de Dios: esto es lo que propuso á Jesucristo Hijo de Dios. Adan fué vencido, y dió ejemplo fatal á su descendencia: Jesucristo vence, y nos enseña á vencer.

El hombre, responde, no vive de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (2). La materia no le satisface. El hombre no es solo este cuerpo que vemos, es mas; es tambien el alma que le eleva sobre toda la creacion material, y si el cuerpo encuentra su satisfaccion y su vida en la materia, porque de ella fué formado, el alma, criada á imágen y semejanza de Dios, no puede encontrar la suya sino en el mismo Dios (3). Amontonad cuanto de maspreciado ofrece la tierra, sometedlo á mil trasformaciones, buscad la quinta esencia de cuanto en ella halaga á la sensualidad, poseedlo todo, gozadlo todo; no sereis felices. La hartura no pasará del sentido y la imaginacion; el corazon, el alma no se satisface, su hambre es la misma de antes, mayor si cabe, porque la irrita y exaspera esa misma impotencia de cuanto la rodea exteriormente. El hombre, imájen de

(1) Fames certaminum inchoatio. Fames, inquam, violenta cupiditas: fames voluptatum caput. Cibi enim desiderium effrenis amor. (S. Joann. Chris. in cap. IV Matth.)

(2) Matth. IV, 4.

(3) Sicut corpus humanum non vivit sine terreno cibo, ita et anima vivere non potest sine Dei Verbo. (Raban. in Cat. aurea.)

Dios en su alma, no puede tener vida si no es conforme á su original, si no la recibe del Verbo (1), de la palabra de Dios, que es la verdad y el bien, alimento del alma, que la aproximan á Dios su principio y su fin, y fijando su aspiracion en Dios mismo, de cuya accion depende, y á quien se une por la práctica de las virtudes, que la hacen semejante al mismo Dios (2).

Esta es la primera victoria de Jesucristo, que nos muestra el arte de alcanzarla nosotros, introduciendo en nuestra alma esa gran verdad, ese gran principio de regeneracion. No desiste sin embargo el enemigo: le lleva al templo y le coloca sobre su pináculo (3). Jesus se deja llevar para vencer otra vez al tentador con glorioso triunfo (4). Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo, porque escrito está, que los ángeles te sostendrán para que no hieras tu pie cayendo sobre las piedras (5). ¡Locura, necedad! exclama San Pedro Crisólogo. ¿No era mas propio haber dicho: si eres Hijo de Dios, elévate á vista de la muchedumbre, remóntate al cielo en alas de los ángeles? (6) Pero ni aun tentando aconseja el demonio al

(1) Ergo si quis non vescitur Verbo Dei, iste non vivit. (Raban. in Cat. aurea.)

(2) Si mens rectori suo subdita et supernis muneribus delectata, terrenæ voluptatis incitamenta calcaverit, et in suo mortali corpore regnare peccatum non sinerit, ordinatissimum tenebit ratio principatum, et munitiones ejus nulla spiritalium nequitiarum labefactabit illusio: quia tunc est vera pax hominis et vera libertas, quando et caro animo judice regitur, et animus Deo præside gubernatur. (S. Leo, Serm. 1 de Quadrag.)

(3) Matth. IV, 5.

(4) Ascendit super pinnaculum inimicus ut provocet: sequitur Dominus ut triumphet. (S. Joann. Chris., Hom. 5 ex variis.)

(5) Matth. IV, 6.

(6) ¡O signum: mitte te deorsum! Convenientius dixisset: si filius Dei es, ascende in cælum: cum sit hominis ad ima cadere. (S. Petr. Chris., Serm. 10 de jejun.)



hombre que haga esfuerzos para subir al cielo (1). Con estas palabras quiere estimular su vanidad y su orgullo, para que haga ostentacion de sí mismo arrojándose de lo alto. Es el medio de que se valió desde el principio y se vale siempre para precipitar al hombre que fiado de sí mismo, y presumiendo que posee en su razon medios suficientes para lanzarse á la conquista de soñada gloria, se abandona á merced de sus propias ideas, y cae en el abismo del error y del vicio. Contra Jesucristo es en vano. A una frase mal traida de la Escritura Santa, opone otra sentencia legítimamente aplicada, y destruye la astuta tentacion: escrito está tambien: no tentarás al Señor tu Dios (2). No séremos vencidos tampoco nosotros, si grabamos en nuestro corazon estas palabras, y recordamos siempre el ejemplo de Jesucristo para no exponernos al peligro, fiados en nuestras fuerzas, y presumiendo de un auxilio á que no tenemos derecho, y que Dios niega siempre á los soberbios, y da tan solo á los humildes de corazon (3).

Segunda vez vencido el enemigo, prepara nuevo ataque (4). Lleva á Jesus á lo alto de un monte, preséntale en perspectiva la grandeza de todos los reinos de la tierra, y le dice: Todo esto te daré, si postrándote á mis pies, me adoras (5). Ved aquí propuesto desvergonzadamente el pecado, la idolatría con la promesa de la gloria mundana, del engrandecimiento en el poder, y de la posesion del oro. Esta es la tentacion mas fuerte, y la que

(1) Inimicus cœli nequidem tentando, ascensum vult persuadere cœlestem. (S. Maxim. *Hom. 2 de jejun. Christi.*)

(2) Matth. IV, 6.

(3) I Petr. V, 5.

(4) Quia Christus retia ventris diruperat, retia vanæ gloriæ transiverat, ponit ei retia avaritiæ. (S. Joann Chris. *Hom. 5.*)

(5) Matth. IV, 9.

mas estragos causa en el corazon de los sencillos. Sábelo bien el tentador, lo mismo que los que están animados de su espíritu, y hacen uso de ella en último término para cantar victoria; y la cantan no pocas veces, comprando la conciencia de muchos que venden su cuerpo, su corazon y su alma, por el falso brillo de los honores, del poder y de las riquezas. Este mal reina en todas partes, esta peste se apodera de un sinnúmero de almas, dice San Cipriano; ella es el incentivo de la prostitucion, el fomes del adulterio, el móvil de los mayores delitos, y hasta en la muerte del Salvador vino á ingerirse el amor del lucro, no perdonando ni á su vida el deseo de una ganancia (1). Por ello dice San Pablo: los que anhelan hacerse ricos, caen en la tentacion y en el lazo que les prepara el diablo, y en muchos deseos inútiles, que arrastran á los hombres á la muerte y á la perdicion eterna; porque la raiz de todos los males es la avaricia, la cual, codiciando algunos, se desviaron de la fe y abandonaron á Dios (2).

¿Extrañaremos, pues, que Jesucristo, que respondiera con mansedumbre á las primeras instigaciones del tentador, al oír esta proposicion de renunciar á Dios y adorarle á él en cambio de bienes materiales, se llene de santa indignacion, y le diga con voz poderosa: apártate, Satanás; escrito está: adorarás al Señor tu Dios, y á él servirás? (3) Con esto nos enseña, dice San Juan Crisóstomo, que suframos con resignacion y magnanimidad

(1) Malum hoc in universa Ecclesia vagatur, et communis pestilentia innumerabiles occupat.... usque ad mortem Domini amor lucri se ingerit, nec vitæ Salvatoris quæstus desiderium parcat. (S. Ciprian., seu auctor de operib. Cardin. Christi, *Serm. de jejun. et tentat. Domini.*)

(2) I Timoth. VI, 10.

(3) Matth. IV, 10.



cualquiera injuria que se nos haga; pero ni siquiera consentamos en escuchar las que se hacen á Dios (1), y en dar oídos á la tentacion que nos propone hacer de la criatura el ídolo de nuestro corazon. ¿Cómo habia de vencer el demonio ofreciendo honores y riquezas á Jesucristo que, siendo Señor de todo, voluntariamente se habia reducido á la humillacion y á la pobreza? Ni tampoco nos vencerá á nosotros, si no olvidamos que somos de Dios, y á él solo debemos la adoracion y el amor; si recordamos que no es feliz el que abunda en bienes materiales, sino el que tiene á Dios por su único Señor (2); y grabamos en nuestro corazon con el ejemplo de Jesucristo la sentencia que salió un dia de sus labios divinos: ¿de qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? (3)

¿Reconoceis ya, Señores, en Jesucristo al restaurador de todas las cosas, al modelo de la humanidad, para que venciendo al que la esclavizó en el paraíso, recobre la grandeza perdida, y se levante hasta Dios, haciéndose semejante á Dios hecho hombre? Resolvámonos, pues, á vivir segun su espíritu, imitando á Jesucristo, que es el modelo para todos los estados de la vida.

(1) Ut nos illius discamus exemplo nostras quidem injurias magnanimiter sustinere, Dei autem injurias nec usque ad auditum sufferre. (S. Joann. Chris., *loc. cit.*)

(2) Psalm. CXLIII, 15.

(3) Matth. XVI, 26.

## SEGUNDA PARTE.

El hombre quiso ser como Dios, pero quiso debérselo á sí mismo, buscarlo por medio de las criaturas, y lograrlo con la satisfaccion de su sensualidad. Erró el camino, desordenó sus ideas y sus sentimientos, y separándose de Dios, se imposibilitó para llegar hasta él. El Criador tenia derecho á condenarle irremisiblemente á participar de la maldicion eterna, lanzada contra el ángel rebelde, á quien imitó en su prevaricacion; pero lleno de misericordia, le prepara el remedio que le anunció desde luego, no pronunciando anatema sobre él, dice Tertuliano, porque se disponia á restaurarle por medio de su Verbo que se haria hombre (1). Le castiga porque es criminal, pero se compadece porque es desgraciado, y no muda sus designios sobre él. Le ha criado á su imagen, y quiere todavía, y quiere siempre que sea semejante á Dios: no solo lo quiere, sino que se lo manda, y le dice en persona de Abraham: Camina en mi presencia, sé perfecto (2); y por boca del Verbo encarnado: Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial (3); y finalmente por su Apóstol: Sed imitadores de Dios como hijos suyos muy amados (4).

(1) Etsi Adam propter statum legis deditus morti est, sed spes ei salva facta est, dicente Domino: ecce Adam quasi unus ex nobis factus est, de futura scilicet allectione hominis in divinitatem. . . . Ideoque nec maledixit ipsum Adam, nec Evam, ut restitutionis candidatos. (Tertull. *lib. 2. adv. Marcion., c. 25.*)

(2) Gen. XVII, 1.

(3) Matth. V, 48.

(4) Ephes. V, 1.